

MISION MUNDIAL

MISION MUNDIAL

Un análisis del movimiento cristiano mundial

CONSIDERACIONES TRANSCULTURALES

TOMO 3

Jonatán P. Lewis

Editor

Segunda edición



Publicado por
Editorial Unilit
Miami, Fl. U.S.A

1986 Primera edición
1990 Segunda edición, totalmente revisada y corregida

MISION MUNDIAL: Un Análisis del Movimiento Cristiano Mundial
Consideraciones transculturales - Tomo 3

Editor: Jonatán Lewis
Ilustraciones: John Devine y Marion Workman de Lewis
Composición: LASERprint, Junín 2966 Santa Fe, República Argentina

© 1990 -Misiones Mundiales
Casilla 711, 3000 Santa Fe, República Argentina

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas están tomadas
de la versión Reina Valera Revisada, versión 1960

© Sociedades Bíblicas Unidas
Usada con permiso

PRODUCTO 498480
ISBN 1-56063-067-1

Printed in Colombia.
Impreso en Colombia.

Contenido

TOMO 3

CONSIDERACIONES TRANSCULTURALES

Prefacio a la segunda edición	7
Instrucciones para el uso de este manual	9

Capítulo 1

MISION Y CULTURA	11
A. La identificación	12
B. Entendiendo la cultura	26
C. El misionero: agente de cambio	40

Capítulo 2

LA ADAPTACION DEL MISIONERO	49
A. Comunicadores de Dios	50
B. La integración	63
C. Aprendizaje práctico de idiomas (sistema LAMP)	80

Capítulo 3

CLAVES DE LA COMUNICACION	93
A. La comunicación transcultural	94
B. Viendo otros mundos	102
C. Encontrando las claves	117

Capítulo 4

LA ESTRUCTURA SOCIAL Y EL EVANGELIO	132
A. La estructura social y sus funciones	133
B. La comunicación y la estructura social	145
C. La iglesia autóctona	159

Capítulo 5

EL EVANGELIO Y LA CULTURA	173
A. La Biblia y la cultura	174
B. La comunicación del evangelio	185
C. La iglesia y la cultura	199
Indice de autores y artículos	216

TOMO 1

LA BASES BIBLICAS E HISTORICAS

TOMO 2

LA DIMENSION ESTRATEGICA

Prefacio a la segunda edición

El curso de misionología contenido en estos tres tomos de *Misión Mundial: un análisis de movimiento cristiano mundial*, no es nuevo. Fué creado originalmente como respuesta a la imperante necesidad de presentar el desafío de las misiones a los estudiantes universitarios norteamericanos. El genio inspirador del curso, doctor Ralph Winter, comprendió que la mayoría de estos estudiantes nunca serían desafiados con la oportunidad de invertir sus vidas en el cumplimiento de la Gran Comisión, a menos que se intentara alcanzarlos con un curso de misionología ofrecido en un horario conveniente. Reuniendo los escritos de los grandes misionólogos y reclutando algunos de ellos para dictar las materias, el primer curso intensivo se dio durante las vacaciones de 1964.

Desde ese comienzo, el curso fué evolucionando en su contenido y en su alcance. Se siguieron recopilando escritos de prominente misionólogos, llegándose así a la publicación de una antología de 850 páginas con mas de ochenta artículos. El ya famoso "Perspectives on the World Christian Movement" esta en su cuarta impresión en inglés y algunas partes han sido traducidas a muchos otros idiomas. La metodología del curso también fué adaptandose con el objeto de lograr un mayor alcance y actualmente se ofrece a distancia en mas de ciento veinte programas alrededor del mundo. El texto y curso a lo que se hacen referencia, forman la base de los tres tomos de *Misión Mundial*.

La primera edición en español intentó adaptar el curso al ambiente latinoamericano. Se tradujeron los escritos mas apropiados para comunicar los conceptos misionológicos fundamentales, tomando en cuenta las idiosincrasias del movimiento misionero latino y sus distintivos culturales. Se reconoció que lo ideal hubiera sido diseñar un curso con escritos propiamente latinos, pero la ausencia de ellos en la mayoría de los temas a tratar, hizo necesario el empleo de traducciones.

8 MISION MUNDIAL

En 1986, fue publicada la primera edición por Misiones Mundiales en Argentina y por William Carey Library en EE.UU. El tomo I fué distribuido por COMIBAM como material de inscripción para el Congreso Misionero Iberoamericano realizado en San Pablo, Brasil en noviembre de 1987. Durante los siguientes años, la obra fue distribuida a todos los países hispanos y actualmente está siendo utilizada para la capacitación misionera en seminarios, institutos bíblicos e iglesias.

La segunda edición de *Misión Mundial* no ha cambiado significativamente el contenido de los tres tomos, ni aún su organización pedagógica. Según lo observado por el editor en su trabajo realizado en iglesias argentinas, se ha revisado el capítulo 5 del tomo II, "Trabajo de equipo con visión mundial", agregándosele un artículo por el experimentado pastor argentino y promotor de misiones, Andrés Robert. Además, se adicionó otro escrito del doctor Theodore Williams, reconocida autoridad mundial de misiones oriundo de la India. Se ha dedicado un gran esfuerzo por mejorar el lenguaje del texto, particularmente en la calidad de sus traducciones, y en clarificar las ambigüedades existentes así como en base a la experiencia, revisar y corregir las preguntas incluidas. Con el nuevo formato, intentamos producir una obra mas económica y mas práctica en su uso.

Creemos que esta segunda edición de *Misión Mundial* seguirá supliendo la necesidad de publicaciones relevantes que despierten a la iglesia hispanoamericana a una renovada visión por las misiones mundiales y que preparen a sus jóvenes para la gran tarea a la cual Dios nos ha llamado.

Jonatán Lewis

Editor

Instrucciones

MISION MUNDIAL: Un Análisis del Movimiento Cristiano Mundial es una obra que puede ser utilizada por grupos de estudio en ambientes formales o informales, indistintamente. La obra completa consta de tres tomos, cada uno de los cuales desarrolla un tema diferente. El primer tomo, *"Las bases bíblicas e históricas"*, examina las raíces de la misión, su origen y su desarrollo a través de los tiempos. El segundo tomo, *"La dimensión estratégica"*, define la tarea misionera en sí y la metodología para llegar a los pueblos inalcanzados y este tercero, *"Consideraciones transculturales"*, explica el desafío que significa llevar el evangelio a otras culturas.

Cada tomo contiene cinco capítulos. que a su vez se dividen en tres unidades de estudio que desarrollan temas relacionados entre sí. Muchas de estas unidades contienen artículos o extractos escritos por destacados misionólogos y eruditos de la Biblia. Las introducciones y resúmenes de cada capítulo proporcionan cohesión al material.

Las preguntas interpuestas en el texto del manual pretenden atraer la atención del estudiante hacia los puntos claves y estimular a la reflexión. Además de este uso individual, forman la base de la discusión del material en grupo. Cada capítulo termina con dos cuestionarios. El primero, *Tarea integral*, contiene preguntas o trabajos que ayudan al estudiante a fijar los temas estudiados. Estas preguntas lo desafían a su vez, a la investigación y al desarrollo de su habilidad para comunicar lo que está aprendiendo. Los grupos de estudio deberán usar estas tareas como material de discusión o como una actividad para realizar en conjunto. El segundo cuestionario, *Preguntas para reflexionar*, hace énfasis en cuestiones personales y espirituales provocadas por los temas estudiados.

Recomendamos que cada estudiante escriba sus pensamientos en un diario. Estos pueden ser compartidos con los demás integrantes del grupo durante un determinado momento devocional en las sesiones de estudio.

Material adicional

Basadas en estos manuales, se han confeccionado tres *Guías del tutor* como material de apoyo para los que dirigen el curso de misiones. También se han producido tres *video-casetes* de 100 minutos de duración (uno por cada manual) con introducciones de 20 minutos a cada capítulo, dictados por el editor de estos tomos, el licenciado Jonatán P. Lewis. Solicite estos materiales de apoyo a *Misiones Mundiales* (COMIBAM Cono Sur), Casilla 711, 3000 Santa Fe, República Argentina.

Reconocimientos

La mayoría de los artículos y extractos de esta obra fueron traducidos de *Perspectives on the World Christian Movement*, (Steven Hawthorne y Ralph D. Winter, William Carey Library, Pasadena, EE.UU.). Estamos profundamente agradecidos a los editores de esa antología de escritos misionológicos. También reconocemos el genio inspiracional del doctor Ralph D. Winter en la organización y redacción del curso original, "Perspectives", y destacamos su labor infatigable a favor de los grupos culturales aún inalcanzados con el evangelio.

Los artículos de este manual han sido traducidos y usados con autorización.

1

MISION Y CULTURA

INTRODUCCION

Los primeros dos tomos de "Misión Mundial" nos han conducido en el estudio de las bases bíblicas e históricas y de la dimensión estratégica de las misiones. Hemos logrado un mayor entendimiento acerca de los restantes grupos inalcanzados. También el evangelismo transcultural ha sido considerado en forma intensiva durante todo el curso. Ahora en este tercer tomo nuestro enfoque apunta hacia el tema específico de la comunicación efectiva del evangelio en una cultura diferente a la nuestra.

Un misionero transcultural efectivo debe ser, antes que nada, un estudiante de la "cultura". Como Ud. verá, según la siguiente definición dada por el Comité Lausana para la Evangelización Mundial, éste es un término de amplio significado, utilizado para referirse tanto a las creencias como a los valores, costumbres e instituciones que caracterizan a un grupo en particular:

"Cultura es un sistema integrado de creencias (en Dios, la realidad o el sentido final), de valores (sobre qué es verdadero, bueno, hermoso o normativo), de costumbres (cómo comportarnos, relacionarnos con los demás, hablar, orar, vestirnos, trabajar, jugar, comerciar, comer, realizar tareas agrícolas, etc.), y de instituciones que expresan estas creencias, valores y costumbres (gobierno, tribunales, templos o iglesias, familia, escuelas, hospitales, fábricas, negocios, sindicatos, clubes, etc.) que unen a la sociedad y le proporcionan un sentido de identidad, de dignidad, de seguridad y de continuidad" (Comité Lausana para la Evangelización Mundial, Informe de la Consulta de Willowbank: El Evangelio y la Cultura, traducido por el doctor Arnoldo Canclini).

La cultura es, en esencia, el modo según el cual las personas organizan

su mundo. Si el misionero pretende ser efectivo al comunicar el evangelio a un grupo señalado, debe conocer la cultura propia de ese grupo. Tratará de ver al mundo como lo ven sus integrantes y de experimentarlo tal como ellos. Un conocimiento íntimo de la gente es un requisito esencial del ministerio transcultural.

No tenemos mejor ejemplo de esto que Jesucristo mismo. El dejó su hogar en gloria y se hizo hombre, vulnerable y dependiente. Aunque nunca cesó de ser el Hijo de Dios, llegó a ser totalmente humano. Hebreos 2:17 dice: "Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere." El profeta Isaías lo describe como un "varón de dolores, experimentado en quebranto" (Isaías 53:3). El sabía del hambre y la sed, de la pobreza y la opresión.

Jesús experimentó el rechazo, el enojo y el abandono. Lloró sobre la tumba de Lázaro y agonizó en Getsemaní, ante la misión que iba a cumplir en la cruz. Cuando miró hacia Jerusalén se sintió agobiado por el deseo de atraer a la gente a sí mismo. Llegó a conocer la naturaleza humana íntimamente. Esto le dio una enorme penetración en el ministerio que manifestó durante su permanencia terrenal, y que puso a la vez en nosotros la seguridad de que podemos acudir a El en todas nuestras luchas.

Cristo, entonces, es nuestro modelo para la misión transcultural. Habiendo tomado la forma de hombre, llegó a entender profundamente la perspectiva humana. Se identificó con la humanidad en todos sus sufrimientos y tentaciones, a fin de ser el eterno "sumo sacerdote", el único que representa a sus hermanos delante del Padre. De igual manera, quien lleva el evangelio a otras culturas debe tratar de conocer a la gente que espera alcanzar, esforzándose por comprender su visión en cuanto a la vida e identificándose con ella de todo corazón. Todos los creyentes son sacerdotes delante de Dios: "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio." (1 Pedro 2:9). Pero, de una manera especial, el misionero transcultural llega a ser un intercesor que puede abogar por el grupo inalcanzado con el cual se identifica.

Este capítulo tratará temas claves en el estudio de la misión y la cultura. Discutiremos aspectos de esta última, que afectan particularmente a la tarea misionera. Veremos un poco más de cerca el tema de la identificación. Finalmente, consideraremos de qué manera funciona el misionero como un "agente de cambio" dentro de una cultura.

A. LA IDENTIFICACION

La identificación es un tema delicado. Casi todos los misioneros esperan obtener la amistad y el reconocimiento de la gente con la cual trabajan. Pero no todos comparten las mismas perspectivas sobre el modo de ganar esa aprobación. En un extremo está el misionero que siente que su cultura es tan obviamente superior a cualquier otra, que buena parte de su tarea tiene como objetivo tratar de "elevar" la cultura nativa sobre su propio nivel. En el otro, está el que siente que el único camino es el "ser como un nativo" y rechaza su herencia cultural en favor de la ajena. Ambas posiciones representan un desequilibrio y obran en contra de una efectiva comunicación del evangelio. Tal como Cristo mantuvo su deidad al identificarse completamente con el hombre, así el misionero debe buscar el equilibrio entre un reconocimiento de quién es él a través de su legado cultural, y su identificación con la nueva cultura. La meta no es comprobar hasta qué punto puede un individuo volverse como los otros, sino cuán profunda y efectivamente puede aprender a comunicarse con ellos.

En el siguiente artículo, William D. Reyburn comparte experiencias que él ha vivido al estudiar el tema en forma práctica.

LA IDENTIFICACION EN LA TAREA MISIONERA*

William D. Reyburn

Por la tarde, había estado cayendo un continuo aguacero hasta después de oscurecer. Un pequeño burro seguido por un par de hombres, descendía lentamente por un resbaladizo sendero lodoso que lo conducía al soñoliento pueblo de Baños, en los altos Andes ecuatorianos. Por fin llegaron. Aparentemente, nadie prestaba atención a las oscuras figuras que detentan al asno ante una humilde posada indígena. El más alto de los dos hombres se paró en la puerta donde un grupo de individuos estaba sentado junto a una mesita, iluminada por una vela, tomando chicha. Tan pronto como el extraño hubo entrado al salón se escuchó una voz detrás del bar: "Buenas noches, mister." El aludido, con su poncho empapado por la lluvia, se volvió rápidamente y vio a una mujer de cara gorda, semioculta, de pie junto al mostrador. "Buenas noches, señora", respondió, levantando ligeramente su sombrero. Después de un corto diálogo, ambos salieron al patio e introdujeron al burro en un establo de adobe. Los viajeros quitaron su equipaje del animal y trasladaron los bultos al cuarto donde iban a pernoctar. Era

* Reyburn William D.: "Identification in the Missionary Task" en *Readings in Missionary Anthropology II*, William A. Smalley, editor. William Carey Library, Pasadena, California, 1978, págs. 746-760. Usado con permiso.

un pequeño aposento, parecido a un pesebre, ubicado junto al lugar donde descansaba el asno.

Me senté sobre la paja, en el suelo, y empecé a quitarme las ropas mojadas. Continuaba escuchando la palabra "mister", que había llegado a desagradarme intensamente. "¿Por qué tuvo que reconocerme esa mujercita graciosa como extranjero, a pesar de la semioscuridad del salón?" Miré mi ropa. Mi sombrero era como el del "cholo" más pobre de Ecuador. Mis pantalones eran un montón de parches, unidos por más parches. Mis pies sucios, manchados de lodo, calzaban un par de alpargatas de hule de llanta, las mismas que usaba cualquier indio. Mi poncho rojo no era de tejido fino, propio de alguien distinguido. Era el de un pobre y había sido hecho en Salcedo. No lucía adornos de borlas y en una moda verdaderamente chola, tenía pedacitos de paja colgando del bolsillo, lo cual demostraba que yo era un hombre que dormía con su burro en el camino. Pero, ¿por qué entonces ella me llamó mister, un término reservado para americanos y europeos? Al menos podría haberme identificado como señor, pero no, tenía que ser mister. Sentía que aunque mi disfraz había sido cuidadosamente maquinado, me lo habían arrancado con la sola mención de esa palabra. Me quedé pensando en eso una y otra vez. No podía ser que la mujer hubiera detectado mi acento extranjero, porque yo no había abierto aún la boca. Me dirigí a mi compañero, el viejo Carlos Bawa, indio quechua del lago Colta. "Carlos, la señora supo que yo era un mister. ¿Cómo crees que lo hizo?"

Mi amigo, acurrucado en un rincón del cuarto con sus piernas y brazos metidos bajo sus dos ponchos, respondió: "No lo sé, patroncito." Me volví rápidamente hacia él y le dije: "Carlos, por tres días te he estado pidiendo que no me llames patroncito. Si lo haces la gente sabrá que no soy un cholo." Sacando un dedo por debajo del cuello de su poncho de lana, se tocó el borde del sombrero y replicó sumisamente, "se me olvida, mistercito."

Disgustado y dolorido hasta en mi piel, empapada por la lluvia, me sentía como el tonto que debía parecer. Me senté silenciosamente, observando el titilar de la vela, mientras Carlos cabeceaba, dormido en su rincón. Seguía viendo las caras de la gente, a lo largo del camino que habíamos recorrido en esos tres últimos días. De vez en cuando recordaba el rostro de la mujer de Baños, la que me había robado, con una sola palabra, lo que me parecía un disfraz perfecto. Me preguntaba entonces si tal vez no me habían tomado por un europeo ya anteriormente. Estaba herido, decepcionado y, para empeorar las cosas, tenía un hambre terrible.

Metiendo la mano en el interior de nuestro saco, extraje la bolsa de harina machica que mi esposa nos había preparado y la mezclé con algo de agua; revolví la mixtura de cebada con mi dedo y la tragué; lo mismo hice con el café y el azúcar. La lluvia se estaba calmando y por un agujero, en la esquina superior del cuarto, podía ver las nubes iluminadas por la luna, arrastradas suavemente por el

viento a través del cielo. Afuera, una guitarra era rasgueada dulcemente. En el pesebre ubicado junto a nuestra habitación, una media docena de indios que acababa de regresar de sus tareas, discutía los eventos del día.

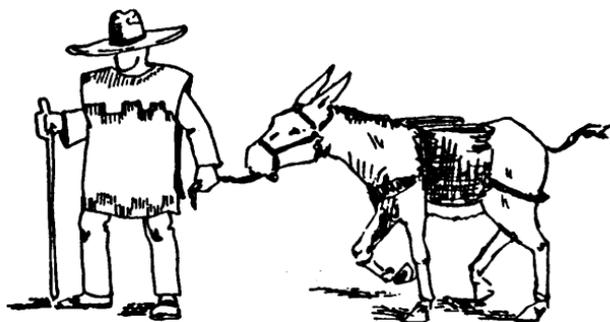
Apagando la vela, me apoyé contra la áspera pared de tablas y escuchando su conversación me quedé dormido. Algunas horas más tarde, desperté repentinamente al oír el ruido de la puerta que crujió al abrirse. Me puse de pie rápidamente y salté, ocultándome tras ella, para ver qué pasaba. La puerta se cerró quietamente y oí al viejo Carlos gruñir al acomodarse en su manta para dormir. Había regresado de hacer sus necesidades. Mi compañero me había estado advirtiendo durante varios días que los indios se robaban unos a otros, razón por la cual me recomendaba dormir ligeramente. Ahora yo le había obedecido de una manera casi inconsciente. Permanecí quieto, en medio de un silencio mortal. No tenía idea del tiempo que podía haber pasado, ya que un reloj no iba de acuerdo con mi vestimenta de cholo. Más tarde, quedé recostado sobre el piso, pensando en el significado de la identificación. Me preguntaba a mí mismo una y otra vez qué quería decir estar identificado con ese viejo indio, que moraba tan lejos del mundo real en el cual yo vivía.

Me encontraba viajando hacia los mercados indígenas de los Andes ecuatorianos, con el fin de averiguar qué era lo que realmente permanecía escondido en el corazón de los quechuas y de los cholos de habla española. ¿Cuáles eran sus auténticos deseos? Quería saber qué era aquello que la embriaguez parecía satisfacer. ¿El indio quechua era en realidad la persona taciturna e introvertida que parecía ser delante de su patrón? ¿Era de veras tan adaptable a las condiciones de vida que podía superar cualquier conflicto sin enojarse seriamente? ¿Era realmente un buen católico o simplemente un pagano, o alguna clase de combinación entre ambos? ¿Por qué era en el fondo tan opuesto a cambios externos? ¿De qué hablaba y de qué se preocupaba al acostarse por las noches, en la seguridad de su propio grupito? Yo buscaba las raíces que había por debajo de los símbolos exteriores, las cuales indudablemente podían responder a las demandas de Cristo.

Las respuestas a preguntas como estas formarían la base para una teología misionera y para una comunicación efectiva a las vidas de esta gente. No podía ver el propósito de hacer la propuesta cristiana a un hombre, a menos que aquella fuera hecha de tal modo que lo obligara a luchar con la necesidad de rendirse a sus demandas más elementales. A fin de conocer lo que debía dirigirse a lo íntimo de su ser, tenía que meterme en el asunto a través de lo que yo estaba convencido que eran sólo síntomas exteriores de una necesidad más profunda de su corazón.

Un aspecto importante de la tarea misionera es la búsqueda de lo que en alemán se llama "der Anknüpfungspunkt", la conexión o punto de contacto. La proclamación del evangelio sin ese elemento, es un hecho que no cabe dentro de lo que significa una responsabilidad misionera auténtica. Se trata de un proceso

según el cual, el que proclama las buenas nuevas debe hacer todo el esfuerzo posible para lograr un contacto válido con su oyente. El corazón del ser humano no es como una pizarra limpia, en la cual puede escribirse el evangelio por primera vez. Por el contrario, ha sido garabateado y marcado profundamente desde el nacimiento hasta la muerte. La meta de lograr un creyente siempre empieza por un incrédulo. Claramente entendemos que éste es el trabajo del Espíritu Santo. Sin embargo, esto no quita al hombre de su posición de responsabilidad. El es quien, a través de su actitud de oír y entender racionalmente, es despertado a creer. La conquista de las decepciones básicas del individuo es lo que permite al Espíritu Santo reclamarlo como propiedad suya y hacerlo una nueva criatura. El hombre debe estar consciente de su resistencia al llamado de Dios, antes de ser aprisionado por el amor del Señor. Para tomar cautivo al enemigo es necesario que aquel se reconozca previamente como tal.



1. ¿Qué quería lograr el autor vistiéndose como un cholo?
2. ¿Qué cosa identifica al autor como la principal responsabilidad del misionero en la comunicación del evangelio?

Las formas de identificación

La identificación misionera puede asumir diferentes formas y ser romántica o aburrida, convincente o dudosamente fingida. El asunto principal a entender es que aquella no es en sí el fin, sino el medio para proclamar el evangelio. De igual manera el punto controversial de la materia no es hasta dónde puede alguien identificarse, sino qué hace con los frutos de ese logro. El llegar a "ser como un nativo" no es una virtud en sí. Muchos misioneros, aun en la monotonía de su

rutina diaria en una escuela u hospital, han despertado los corazones de los hombres a las demandas del evangelio.

Algo de la llamada identificación está mal orientado, y tiende a crear la impresión de que vivir en una aldea nativa o aprender su lengua, es la llave mágica para abrir el corazón de los nativos. Lo que verdaderamente cuenta en este proceso es la actitud que reconoce al hombre como un ser responsable que busca estar en contacto con su propia realidad. Las limitaciones para saber cómo conocer esta realidad son varias. Los obstáculos prácticos son muchos. En las páginas siguientes trataremos de esquematizar algunos de ellos, tal como los hemos vivido, a fin de evaluar los efectos de la falta de identificación y participación misionera.

La fuerza de los hábitos inconscientes

Sin duda alguna, la causa del principal obstáculo para la identificación es el hecho de que uno tiene tan bien aprendido su propio modo de vida, que lo practica la mayor parte del tiempo sin una reflexión consciente. En el caso descrito anteriormente, el viejo indio quechua Carlos Bawa, el burro y yo habíamos viajado cruzando la meseta de los Andes. Pasamos los días en los mercados, y las noches apañados en pequeños alojamientos reservados para indios y cholos ambulantes, por diez centavos de dólar la noche. Caminamos desde Riobamba hasta Baños un viaje de tres días de camino, y si en alguna ocasión excepcional aparecía un perro era tan sólo como para ver si todo estaba completamente normal. Sin embargo, hasta que entré al salón iluminado por una vela de la posada de Baños, no fui tomado por un extranjero; por lo menos así lo supuse en ese momento. Sospecho que el hecho me molestó sobremanera porque llegué a ilusionarme por unos cuantos días, creyendo estar por fin dentro del mundo indígena cholo. Cuando la posadera se dirigió a mí llamándome mister, sentí el golpe que me significó ser rudamente despedido fuera del pequeño mundo en el cual yo había creído tener ganada finalmente una entrada firme.

A la mañana siguiente fui otra vez al hospedaje y me senté en el bar donde estaba la mujer. "Ahora, dígame señora", empecé, "¿cómo supo que yo era un mister y no un señor local o un cholo de Riobamba?" Los ojos de la pequeña dama gorda chispearon mientras refa con una risita avergonzada. "No lo sé con seguridad", replicó. Insistí para que tratara de darme una respuesta, porque estaba totalmente confuso sobre todo aquello. Continué. "Ahora supóngase que Ud. fuera un detective y le dijeran que atrapara a un europeo vestido como un pobre mercader cholo. ¿Cómo lo reconocería si entrara a su posada?" Se rascó la cabeza y se inclinó sobre el mostrador. "Camine para afuera y entre como lo hizo anoche." Recogí mi viejo sombrero, lo encajé sobre mi cabeza y me fui a la puerta. Antes de que llegara a la calle ella me gritó: "Espere, señor, ahora sé lo que es." Me paré y miré a mi alrededor. "Es el modo como Ud. camina." En ese

momento comenzó a reír a carcajadas y me dijo: “Yo nunca veo por aquí a nadie que camine así. Ustedes los europeos mueven sus brazos como si nunca llevaran una carga sobre sus espaldas.” Le dí las gracias a la buena mujer por su lección sobre posturas y salí a la calle a estudiar cómo caminaba la gente de aquel lugar. Ciertamente los pasos eran pequeños y variados, el tronco inclinado ligeramente hacia adelante desde las caderas. Con los brazos moviéndose escasamente bajo sus grandes ponchos.

Sabiendo que la posición agazapada, con el poncho cayendo desde las orejas hasta los pies escondidos, es la más natural para ellos, me puse en cuclillas en la esquina de una calle, cerca de un grupo de indios y los escuché charlar. Continuaron su conversación sin prestar atención a mi presencia. Dos misioneros, a quienes yo conocía muy bien, salían por la puerta de un hotel cercano. Observé cómo colgaron las cámaras fotográficas de sus hombros y trataron el problema que significa exponer demasiado la película a los rayos mañosos del sol de los Andes. Un niño cholo andrajoso, que estaba sentado junto a mi, saltó de su lugar, recogió su cajón de lustrar zapatos y se acercó a los misioneros. Fue rechazado por aquellos con movimientos de cabeza indiferentes, mientras continuaban examinando el mercado luminoso, para fotografiarlo. El lustrador regresó a su lugar. Sentándose refunfuñó: “los señores que tienen zapatos deben mantenerlos brillantes.” Me incliné hacia el muchacho y le hice señas al oído. Se dobló sobre su caja mientras le dije algo en voz baja. Luego, saltó sobre sus pies y se fue tras los hombres que cruzaban la calle. Ya del otro lado, estos se detuvieron y se volvieron al pequeño que les decía: “Los evangélicos no son respetados aquí a menos que traigan sus zapatos bien lustrados.” Inmediatamente, uno de ellos se sentó para que le diera lustre a su calzado con un cepillo de dientes, saliva y grasa, mientras el otro esperaba su turno.

Me levanté, pasé a un metro de mis amigos y me ubiqué en el corazón del mercado bullicioso para escuchar y observar. Me senté y permanecí allí hasta que las piernas empezaron a dolerme. Al levantarme bostecé y me estiré; al comenzar a caminar, noté que había llamado la atención de los que estaban sentados junto a mi. Nuevamente me había comportado de la manera que suponía más natural, pero que de algún modo no era la de los lugareños. Frente a mi, una anciana tiró una bolsa de sal. Sin pensarlo me agaché a ayudarla, y fue sólo por una intervención providencial oportuna que me salvé de ser llevado a la cárcel acusado de intento de robo.

El llevar la identificación o disfraz al extremo, parece ser algo exagerado. Sin embargo, sólo quien es misionero en las apartadas tierras altas de los quechuas, puede realmente apreciar cuán difícil es hablar con esa gente en un plano de igualdad. Simplemente no podía aceptar la respuesta de los quechuas como válida y representativa de su verdadero ser, mientras ellos me hablaban como a su “patroncito”. Yo quería escucharlos sin que estuviera presente “un patrón” y no

quería ser identificado con ese papel feudal que marcaba nuestra relación. Así, llegaría a descubrir cómo el sumiso e indolente indio que yo conociera en mi papel de amo, sería capaz de convertirse en una intrigante persona de rápido ingenio, extremadamente amistosa, útil o cruel, conforme a la situación.

3. ¿Qué señala el autor como la causa del obstáculo para la identificación?
¿Cómo lo ilustra en esta sección?
4. ¿Qué aprendió él acerca de los quechuas, lo cual hubiera sido imposible conocer de no haber llegado a una extrema identificación con ellos?

Los límites de la identificación

Tal vez el hecho más notable a través del cual aprendimos acerca de las limitaciones de la identificación ocurrió mientras estábamos viviendo en una casita de adobe con techo de paja cerca de Tabacundo, Ecuador. Nos habíamos cambiado a una pequeña población agrícola, cerca del río Pisque, a un kilómetro de la Misión Unida de los Andes (U.A.M.), para la que estábamos haciendo un estudio. Mi esposa y yo habíamos llegado al acuerdo de que si íbamos a llevar a cabo algo en la U.A.M., teníamos que establecernos entre la gente y de alguna manera obtener su aceptación o su rechazo. Eventualmente fuimos aceptados, pero con ciertas reservas. No usábamos nada que no fuera ropa india, ni comíamos nada que no fuera comida de ellos. No teníamos ningún mueble, excepto una cama hecha de tablas de pita cubierta con un tapete tejido, exactamente como en todas las casas de los indios. De hecho, al no poseer ningún equipo de agricultura, telar o granero, nuestra casa de un cuarto, era la más vacía del vecindario. A pesar de esta gran reducción de material, los hombres me llamaban patroncito. Cuando les objeté que yo no era un patrón porque no tenía tierras, ellos me señalaron que usaba zapatos de piel. Rápidamente los cambié por las alpargatas hechas allí, con suela de fibra de cañauco y tejido de algodón en la parte superior. Después de pasado algún tiempo me di cuenta que no me había librado en lo más mínimo del sobrenombre. Cuando les pregunté de nuevo a los hombres acerca de ello, me replicaron que era porque yo estaba asociado con los del pueblo español de Tabacundo. Al hacer esto yo me identificaba obviamente con la clase patronal. Hice todo el esfuerzo posible por un período de tiempo para evitar a la gente de dicho lugar, pero el término patroncito parecía estar tan fijo en el trato como el día en que llegamos.

Se les había requerido a los hombres por parte del comisionado local, la reparación de un camino que conectaba a la comunidad con Tabacundo. Me uní a los indios para realizar este trabajo hasta que se terminó dos meses más tarde. Mis manos se habían vuelto duras y callosas. Un día se las mostré orgullosamente, mientras estaban terminando la última botella de chicha fermentada. "Ahora no pueden decir que no trabajo con ustedes. ¿Por qué aún me llaman patroncito?"

Esta vez la verdad fue más evidente, reforzada por el efecto del alcohol. Vicente Cuzco, un líder del grupo, se puso de pie, colocó su brazo sobre mis hombros y me susurró: “Te llamamos patroncito porque no naciste de una mujer india.” No necesité más explicaciones.

5. ¿Con qué límite de identificación se enfrentó el autor? ¿Puede pensar en otros límites que estén más allá de nuestro control?

La propiedad de un arma

El haber vivido en una aldea africana logró que tomáramos conciencia del efecto de otras actitudes formativas en nuestros antecedentes. Una de estas en particular, es la idea de propiedad privada. Cuando fuimos a vivir al sur de Camerún, en la aldea de Aloum entre los bulu, con el fin de aprender su lengua, estos nos recibieron demostrándonos gran aceptación y hospitalidad desde el primer día. Nos dieron nombres de familia bulu, danzaron por varias noches y nos regalaron una cabra y toda clase de comida tropical.

Habíamos sido invitados a vivir en Aloum, pero no estábamos preparados psicológicamente para entender de qué manera o cómo era concebida una adopción en el pensamiento bulu. Poco a poco, supimos que nuestras posesiones ya no eran propiedad privada, sino que estaban disponibles para el uso colectivo del subclan donde habíamos sido adoptados. Fuimos capaces de ajustarnos a ese estilo de vida porque teníamos casi la misma situación material que los demás habitantes de la aldea. Sus demandas sobre nuestras cosas no fueron tan grandes como generosa su hospitalidad, y nos proveyeron casi toda nuestra comida.

Entonces una noche, capté un nuevo enfoque de la implicancia de nuestra relación con la gente de Aloum. Un extraño había aparecido en la aldea y supimos que aquel lugar era el hogar del hermano de su madre. Era el caso del sobrino en el pueblo de su tío materno, una relación muy interesante en las sociedades que se organizan por línea paterna en el África. Al anoecer, cuando los líderes se reunieron en el club de hombres de la aldea, fui allá y me senté entre ellos para escuchar su conversación. El fuego sobre el piso formaba sombras caprichosas que parecían danzar para arriba y para abajo en las paredes de adobe.

Cuando el silencio cayó sobre la conversación, el jefe de la aldea se puso de pie y empezó a hablar en voz baja. Algunos jóvenes se levantaron de sus posiciones y se dirigieron hacia afuera, para asegurarse de que ninguna persona que no fuera invitada estuviera oyendo la narración de eventos tan importantes. El jefe habló de la bienvenida de su sobrino a la aldea, y le garantizó una estadía segura mientras permaneciera allí. Después de estas formalidades introductorias, empezó a alabarlo como a un gran cazador de elefantes. Yo aún era totalmente ignorante de cómo me afectaría todo esto. Lo escuché elogiar las virtudes y habilidades del visitante una vez más. Cuando terminó de hablar, otro anciano se

levantó y continuó citando varios casos en la vida del joven, en los cuales él había exhibido gran valentía frente a los peligros de la jungla. Uno tras otro repitieron estas historias hasta que el jefe se puso de pie nuevamente. Pude ver el blanco de sus ojos, que estaban asustados hacia mí. El fuego provocaba pequeñas sombras que corrían de un lado a otro sobre su cara y su cuerpo oscuro. "Obam Nna", me llamó. Una amplia sonrisa expuso su dentadura centelleante: "Vamos a presentar nuestra arma a mi sobrino ahora, vé por ella."

Vacilé un breve momento, pero luego me levanté y crucé el patio, a la luz de la luna, hasta nuestra casa cubierta de paja. Allí, María y algunas mujeres de la aldea estaban platicando. Yo aún seguía oyendo en mis oídos: "Vamos a presentar nuestra arma... nuestra arma...", casi como si fuera un disco rayado, clavado en el pronombre posesivo plural, "ngale jandan... ngale jandan..." Antes de llegar a la casa había pensado en media docena de buenas razones por las cuales debía decir que no. Sin embargo, tomé el arma y algunos cartuchos y regresé al club de hombres. Al entrar nuevamente al cuarto, capté otra vez el sentido de lo que era el mundo de Obam Nna. Si yo iba a ser Obam Nna, debería cesar de ser William Reyburn. Tenía que crucificarlo casi todos los días. En el mundo de Obam Nna ya no había más posesiones, como en el de William Reyburn. Entregué mis apreciados bienes al jefe y, aunque él no lo sabía, junto con ellos iba rendida una idea muy mezquina de propiedad privada.

6. ¿Qué debía sucederle a William Reyburn a fin de convertirse en "Obam Nna"?

El valor simbólico de la comida

Otro problema en la participación de la aldea era el asunto de la comida y el agua. Sin embargo, esto no es como la mayoría de la gente piensa. Cuando vivimos en París, descubrimos que nuestros amigos franceses con frecuencia se escandalizaban por lo que comíamos. Una de las cosas más ofensivas para ellos era el pastel con queso. He visto a algunos hacer muecas como de agonía al vernos combinar estos dos alimentos.

He estado viviendo en la tribu kaka en los extensos pastizales del este de Camerún, y he hecho estudios entre ellos. La vida de esta gente es completamente diferente de la de los bulu del sur. El modo de vivir en la sabana es más vigoroso y da como resultado un ajuste diferente a las condiciones naturales. El alimento es mucho menos abundante y el casabe (harina de raíz de mandioca) es el producto básico de su alimentación. A diferencia de los bulu, quienes adoptaron muchas costumbres europeas, los kaka están más bajo la influencia del islam, que se filtra de sus vecinos ganaderos, los fulani del norte.

En cierta ocasión, había ido a la aldea Lolo para llevar algunos estudios relativos a la traducción del libro de los Hechos. No había llevado comida

européa, pues estaba decidido a enfrentar los efectos físicos que pudieran surgir de una dieta total de esa tribu. Sólo procuraba tener cuidado al beber agua, tratando de que ésta fuera hervida, lo cual con frecuencia era completamente imposible. Descubrí que la simple mezcla de casabe y agua caliente, formando una pasta, era de por sí una excelente y sustanciosa dieta. Más tarde, siguiendo esta dieta durante un período de seis semanas, pude comprobar que no había perdido peso, no había sufrido de diarrea, ni efectos de ninguna otra enfermedad. Toda la comida era preparada por las mujeres de la aldea, y generalmente comía sobre el piso, con los hombres, dondequiera que estuviera cuando una mujer servía los alimentos. En varias ocasiones, el no estar en el lugar ni la hora precisa, significó acostarme con el estómago vacío. Con sumo cuidado, evitaba pedir a cualquier mujer que preparara comida especialmente para mí, ya que esto tenía una connotación sexual que yo debía esquivar.

Cierta vez, había estado hablando gran parte de la tarde con un grupo de hombres y jóvenes de la tribu kaka sobre los alimentos que come la gente en todo el mundo. Uno de los presentes tomó su Biblia y leyó el capítulo diez del libro de los Hechos, donde se relata la visión de Pedro, quien recibió orden de matar y comer “de todos los cuadrúpedos terrestres y reptiles y aves del cielo.” El lector, un joven kaka que había estado por un tiempo corto en una escuela misionera, dijo: “La gente hausa no cree esto porque no come cerdos. Ustedes los misioneros no creen esto, porque tampoco comen algunos de nuestros alimentos.” Yo con toda confianza le aseguré que un misionero comería cualquier cosa que él comiera.

Esa tarde fui invitado a la casa del padre de este muchacho, donde el anciano se sentó en el suelo sobre la tierra. Frente a él se hallaban dos cazuelas esmaltadas, tapadas, muy limpias. Me miró y me hizo señas para que me sentara. Su esposa trajo una calabaza con agua que vació sobre nuestras manos para que las laváramos. Luego sacudimos los dedos en el aire para secarlos un poco y el anciano quitó la tapa de una de las vasijas. Subió el vapor desde una masa redonda de papilla de casabe. De inmediato destapó el otro recipiente. Por un momento breve observé su contenido. Levanté mis ojos y me encontré con la mirada seria y fija del joven que había leído la visión de Pedro esa misma tarde.

La cazuela estaba llena de orugas chamuscadas. Tragué saliva con dificultad, pensando que ahora tenía que tragarlas o de lo contrario, borrar mis palabras. En este caso probaría una vez más que los europeos simplemente adaptaron el cristianismo para que encajara con su propio modo de vida egoísta. Esperé a que mi anfitrión metiera sus dedos en forma de pala en la papilla, entonces con una bola de esta, presionó suavemente en la cazuela de orugas. Cuando llevaba el alimento a su boca, pude ver los quemados y rizados “tesoros” penetrar entre sus dientes. Algunas larvas estaban deshechas en la papilla, otras se balanceaban sueltas. El dueño de casa había probado la primera porción. Esta era la garantía de que

